

## TRAS LAS HUELLAS DE LOS CAZADORES EN EL ARTE RUPESTRE VALLISERRANO

María de Hoyos\*

### Resumen

En este trabajo, me propongo evaluar si alguna de las expresiones conocidas de arte rupestre valliserrano pueden ser asignadas a las sociedades esencialmente cazadoras o, al menos, a los participantes de esta actividad en la etapa Formativa. Teniendo presente ese objetivo desarrollo varias líneas de investigación que procuran buscar, por un lado, diseños pintados o grabados no icónicos similares a los determinados en las secuencias circumpuneñas y, por el otro, representaciones que evoquen temas vinculables con la actividad de los cazadores, de sus presas o sus rastros. En todos los casos fueron analizados los respectivos contextos y los resultados fueron confrontados con las secuencias estilísticas de arte rupestre propuestas para el Noroeste Argentino.

**Palabras clave:** Arte rupestre valliserrano; Cazadores; Huellas humanas; Huellas de fauna.

### Abstract

In this paper, I intend to assess whether any of the known expressions of *valliserrano* rock art can be assigned to primarily hunting societies or, at least, to the participants in this activity during the Formative stage. Keeping this objective in mind, I'll develop several lines of research that seek to find, on one hand, non-iconic painted or engraved designs similar to those identified in *circumpuneña* sequences and, on the other hand, pictures that evoke themes related to the activity of the hunters, of their prey or their traces. In all cases the respective contexts were analyzed and the results were compared with the cultural stylistic sequences proposed for Northwestern Argentina.

**Keywords:** Valliserrano rock art; Hunters; Footprints; Animal tracks.

\* Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Rivadavia 4485, CABA. Correo electrónico: [Maria\_dehoyos@yahoo.com.ar].

Recepción del manuscrito: Junio 9, 2015 / Aceptación: Setiembre 14, 2015

Los estudios sobre arte rupestre revelan que en algunos sectores de la región andina centro meridional, grupos de cazadores recolectores tempranos dejaron testimonio visual de diferentes escenas de caza que muestran a las presas (camélidos o cérvidos), a las armas (estólicas y lanzas) y a los cazadores en posiciones estratégicas.<sup>1</sup> En cambio, en el Noroeste Argentino, pareciera que los primeros exploradores y colonizadores de este espacio habrían elegido expresarse fundamentalmente a través de signos que los investigadores clasificaron como motivos abstractos, casi puramente geométricos (Aschero 1999, 2006; Núñez Atencio 1985; Podestá y Aschero 2010)<sup>2</sup> y, en menor medida, con algunos motivos de camélidos (Yacobaccio et al. 2008, 2010). Esta producción inicial de arte rupestre habría acontecido, según Podestá y Aschero (2010), en ámbitos puneños y dentro del lapso de 10.600-8.900 AP.

Por su parte, en la región valliserrana no se conocen trabajos específicos que se ocupen de las manifestaciones rupestres de cazadores. Las determinaciones estilísticas y secuencias generales propuestas por Lorandi (1966) y por González (1977) circunscriben sus análisis a la etapa agroalfarera. La falta de estudios sobre este tema no indica necesariamente que estos grupos no hayan dejado sus improntas en los valles sino que, como señaló González (1977), en ese momento no se contaba con información para incluirlos.

No sé si actualmente, esa falta de información ha sido reparada. Las manifestaciones rupestres valliserranas permanecieron, durante mucho tiempo, relegadas y descontextualizadas del resto de los estudios arqueológicos y el análisis o la rigurosidad en las descripciones no es comparable con la de otras expresiones plásticas como las realizadas, por ejemplo, sobre material cerámico.

Entonces, aun teniendo en cuenta que las evidencias son insuficientes, en este trabajo me propongo indagar si es posible reconocer manifestaciones rupestres que puedan ser asignadas a sociedades esencialmente cazadoras recolectoras y/o a cazadores pertenecientes a economías pastoriles o agrícolas insipientes donde esta actividad seguía constituyendo un parte sustancial de la dieta.

En principio, voy a apoyarme en los estudios realizados en áreas circumpuneñas, especialmente, en Antofagasta de la Sierra, provincia de Catamarca, debido a que, por una parte, cuenta con secuencias y determinaciones estilísticas más completas y actualizadas que las valliserranas (Podestá 1986/87, Aschero 1999 y 2000 entre otros) y, por otro, las

<sup>1</sup> Por ejemplo, en el sur de Perú (Hostnig 2003: Figura 3) y en el norte de Chile (Llagostera 2004:30; Santoro y Dauelsberg 1985: Figura 6).

<sup>2</sup> Ejemplos de estos signos, según Aschero (2006), son puntiformes, rectangulares, circulares –simples, concéntricos, con apéndices, irradiados, etc.–, lineales, escalonados, entre otros.

investigaciones demostraron que existieron mecanismos de interacción entre estos enclaves puneños y los valles mesotermiales a lo largo del tiempo y en distintas ocupaciones (Aschero 2000, 2006, 2007; Aschero et al. 2006, Tarragó et al. 1997, Olivera 2000) e incluso en las vías de circulación entre ellos (Podestá y Manzi 1995). Además, tanto Lorandi (1966) como González (1977) incluyeron sitios de esa localidad para realizar sus secuencias.

Entonces, buscaré expresiones rupestres similares a las asignadas a los cazadores de Antofagasta de la Sierra y también propondré una hipótesis acerca de la existencia de arte figurativo relacionado con la actividad de los cazadores, específicamente el rastreo, que permitiría reconocer a estos protagonistas “casi ausentes”. Esta propuesta implica un relevamiento exhaustivo de todos los sitios con huellas conocidos, un análisis de los contextos teniendo en cuenta el tipo de soporte y los motivos asociados y una propuesta de cambio en la secuencia cronológico-cultural formulada originalmente por Lorandi (1966).

### **Signos de cazadores en los aleros puneños**

Las dos micro-regiones donde se concentra el arte conocido asignable a los grupos cazadores recolectores en este ámbito son Azul Pampa (Jujuy) y Antofagasta de la Sierra (Catamarca). En cuevas y aleros de la quebrada de Inca Cueva (Azul Pampa) se pintaron distintos diseños abstractos como trazos digitales agrupados, trazos paralelos alineados, alineaciones de puntos y rectángulos, formas en zigzag y almenados que fueron contextualizados entre los 8.500 y los 7.200 a.C. (Aschero 1979). Estudios posteriores en la misma zona (Aschero 1996; Aschero y Podestá 1986; Aschero et al. 1991; Podestá y Aschero 2010) sugieren que la ejecución de este tipo de diseño habría perdurado durante mucho tiempo con algunas variantes en la morfología y en la forma en que fueron dispuestos sobre el espacio rocoso.

Estos diseños se repiten en abrigos de Punta de la Peña y en pequeñas cuevas de Quebrada Seca (Antofagasta de la Sierra) que fueron ocupadas reiteradamente por cazadores de vicuñas y guanacos. Los motivos geométricos pintados son similares a los de Inca Cueva 1 pero luego se agregaron circunferencias simples y concéntricas, algunas con apéndices lineales (Aschero 1999, 2006). En esta micro-región, Aschero (1999) considera que pueden definirse dos modalidades estilísticas diferenciadas que, a su vez, muestran variaciones respecto del arte de los cazadores del otro ámbito puneño. De esta manera, a pesar de las diferencias regionales y temporales, los grupos de la Puna compartieron el empleo de motivos geométricos, probablemente con un alto contenido simbólico, para comunicarse visualmente hasta ca. 1.000 antes de Cristo cuando ya se estaban dando cambios importantes en la organización de las sociedades.

El arte habría funcionado, según Aschero (2006) como signos identificatorios de las distintas bandas de cazadores que marcaban los lugares donde retornaban periódicamente,

estas marcas podrían estar expresando cierta competitividad entre los grupos por estos escasos espacios puneños con alta disponibilidad de recursos cuyo uso resultaba de primera importancia para asegurar la subsistencia (Aschero 2006). Desde esta perspectiva, las representaciones conformarían un nexo particular entre grupo social y paisaje, entre trabajo y recursos, en la identificación social de espacios económicos mediante signos visuales (Aschero 1996).

En los últimos años, a partir de las investigaciones realizadas por Yacobaccio y colaboradores en el sitio Hornillos 2, cerca de Susques en la Puna jujeña, se propone que las pinturas de camélidos con cuatro extremidades y en actitud dinámica corresponden a momentos iniciales, hacia ca. 7.000 a.C. (Yacobaccio et al. 2008, 2010). Esta sería la primera evidencia documentada de representaciones figurativas del Noroeste Argentino y podría asociarse –si lo confirman los fechados– a lo observado por Aschero en Alero Caído 1 en la cercana región Coranzulí (Podestá y Aschero 2010). Por su parte, en una cueva de Quebrada Seca (QS1), en la Puna catamarqueña, existe la representación de una figura humana próxima a un camélido, un fragmento de un gran felino de formas geométricas y de una pareja de aves (Aschero 1996: Figura 3). Este investigador considera que podría tratarse de una escena, la primera del Noroeste con presencia humana, la ubica entre el 3.500 y 2.500 a.C. por asociación con niveles de ocupación de otra cueva cercana en la misma quebrada (QS3).

En definitiva, las investigaciones actuales señalan que tempranamente existieron en el área circumpuneña dos formas expresivas: los diseños geométricos simples, a veces combinados o repetidos rítmicamente (Aschero 1996) que exhiben una importante distribución espacial y temporal y aquellas basadas en la iconicidad con la representación de camélidos y otros zoomorfos (Podestá y Aschero 2010; Yacobaccio et al. 2010) de limitada dispersión.

Por su parte, Olivera y Grant (2009) consideran que entre el 2.500 y el 1.000 a.C. ya debían existir en la Puna de Atacama sociedades que poseían un importante componente pastoril en su economía. La cría de llamas no había desplazado al consumo de carne de camélidos silvestres y tal vez por esa razón la iconografía permanece estable hasta ca. 1.000 a.C. Los signos abstractos y figurativos mencionados persisten como forma de comunicación visual, aunque no sabemos si cambiaron sus significados simbólicos. La presencia de camélidos en el arte rupestre va a ser dominante recién a partir del 500 a.C. (Aschero 2000).

### **Signos de cazadores en las rocas valliserranas**

Los resultados de los trabajos efectuados en aleros puneños me orientaron en la búsqueda de una iconografía comparable en los valles. En principio, observé motivos pintados con tratamiento puntiforme formando conjuntos no icónicos (alineaciones, rec-

tángulos, zigzag) y, también, unos pocos figurativos (serpientes o felinos de gran tamaño) en la cueva de Quillivil en el valle Calchaquí (de Hoyos 2003, 2013a) y en varios aleros del departamento de Guachipas (provincia de Salta) donde los puntiformes suelen estar parcialmente cubiertos por diseños tardíos.

También, fue posible registrar la presencia de diseños morfológicamente similares a los ejecutados en áreas puneñas aunque responden a otra técnica y/o tratamiento. En este sentido las mayores concentraciones de representaciones geométrico-abstractas se encuentran en los denominados “campos de petroglifos” como Campana, en el norte de la Rioja, o Ampajango, en el norte de Catamarca.

Estos sitios están conformados por numerosos bloques con una particular patinación de la roca, cubiertos con grabados y dispersos en grandes extensiones donde no suelen haber otros vestigios arqueológicos (Lorandi 1966). Tanto Lorandi (1966) como González (1977) asimilan los diseños geométricos grabados –que constituyen más del 75% de los motivos registrados– con la decoración de piezas de cerámica Santamaría tricolor, San José, Sanagasta y algunas urnas Hualfin y Belén y los engloban en el estilo II, geométrico intrincado de Campana-Ampajango. Por lo tanto, cronológicamente, según estos autores, corresponderían a “un período medio superior o tardío inferior”<sup>3</sup> (Lorandi 1966:159).

En la descripción y codificación de los elementos que analiza Lorandi en su tesis aparecen descriptas diferentes circunferencias, líneas y puntos (Lorandi 1966:34).<sup>4</sup> Si bien pareciera existir una asociación con la iconografía cerámica –como plantean los autores–, también es posible demostrar que algunos de estos diseños se representaron a lo largo del tiempo (por ejemplo, aparecen recurrentemente en sitios formativos tempranos) y, más interesante aún, en emplazamientos en donde no hay evidencias de la cerámica mencionada. Pero, fundamentalmente, son semejantes a los que aparecen en los cuadros tipológicos propuestos por Aschero (2006: Tabla 3.1); Aschero y Podestá (1986:Figura 6); Manzi (1997: Figura 1); Podestá (1986/87: Figura 2) y Podestá y Aschero (2010: Figura 7).

Además de la comparación entre el arte no icónico entre una y otra región, exploré la vertiente figurativa procurando hallar representaciones que refieran a técnicas de caza, cazadores y/o presas y que no correspondieran a otros momentos de la prehistoria. Precisamente, en estos campos de grabados, los diseños abstractos señalados aparecen recurrentemente asociados a representaciones de huellas de diferentes especies animales. Estas huellas son referentes potencialmente asignables a los cazadores según lo infiere

<sup>3</sup> Teniendo en cuenta la cronología consensuada en la década de 1960, los autores podrían considerar su inicio hacia el 850 d.C.

<sup>4</sup> Las circunferencias fueron clasificadas como simples, concéntricas, con apéndices, con punto en el centro, con rayos; las líneas pueden ser: onduladas, sinuosas, en zigzag y los puntos o los diseños formados por puntos: imprecisos y agrupados (Lorandi 1966:34).

Gradin: “La huella, el rastro, constituyó para el cazador la guía o sendero que lo llevaba hasta la presa misma, es decir, hasta el animal (Gradin 1982:38/39).<sup>5</sup> Entonces, en el área Valliserrana, los cazadores pudieron expresarse con pinturas puntiformes y/o con grabados morfológicamente similares a los diseños representados en el área Circumpuneña, pero también pudieron manifestar algunos aspectos de su actividad (como el rastreo) o evocar la presencia de los animales a través de sus huellas.

Por otro lado, es importante señalar que junto con las huellas de animales aparecen las huellas humanas. En otras palabras, si fuera posible relacionar la representación de huellas con actividades vinculadas con la caza –independientemente si se trata de sociedades cazadoras puras o sociedades con una economía mixta–, entonces sería lícito interrogarse si no fueron sus propias huellas lo primero que representaron de sí mismos los grupos que habitaron el Noroeste.

### **Las huellas de las presas, los pasos de los cazadores**

Si bien esta idea es atractiva desde el punto de vista simbólico: el hombre llegando a un territorio, siguiendo los rastros de las presas y dejando su marca, modificar la cronología establecida por Lorandi (1966) y por González (1977) requiere una investigación más exhaustiva y específica. En principio, con excepción de unos pocos diseños aislados, las huellas no fueron incluidas significativamente en otros soportes de manera que faciliten una asociación estilística o cronológica.<sup>6</sup>

Por lo tanto, la investigación se centró sólo en lo que se manifiesta en el arte rupestre y la metodología implementada se basó en tres pasos: el primero (1) consistió en definir huella e identificar las especies representadas. El segundo (2) comprendió registrar todos los sitios donde este motivo aparece; indagar acerca del emplazamiento y las características de los soportes; clasificar las huellas presentes en cada sitio consignando con qué diseños están asociados y analizar si existen diferencias (localización, cantidad, asociaciones) entre las distintas huellas de zoomorfos y, fundamentalmente, en su relación con las huellas

<sup>5</sup> En Patagonia, Menghin (1957), luego retomado por Gradin (1985), se ocupa de definir un “estilo de pisadas” consistente en “grabados de pisadas o rastros pertenecientes a los tres animales más importantes para el cazador patagónico” haciendo referencia al guanaco, al ñandú y al puma. González (1977:66) afirma que esta modalidad llega a esa región proveniente del Noroeste Argentino.

<sup>6</sup> Las escasas huellas de animales que registré en piezas cerámicas corresponden a diferentes sociedades como las representaciones de “manitos” asociadas a simios que fueron pintadas en una pieza expuesta en el museo de Belén, rosetas alineadas aparecen en urnas Belén (Quiroga y Puente 2007), tridígitos en pucos de La Paya y alguna roseta en piezas Aguada. Sin embargo, hasta el momento, no identifiqué huellas humanas.

humanas. El tercero (3) evaluar si se ven reflejados dentro de esta temática los procesos de cambio socio-económicos y/o ideológicos que se producían en el interior de la sociedad.

### 1. Huellas, rastros, pisadas

En la literatura arqueológica del Noroeste se emplean los vocablos huella, pisada, rastro indistintamente para referirse a la reproducción grabada o pintada de la impresión que dejan, en sustratos naturales, las plantas de los pies de los seres humanos y las extremidades de diversos animales. En general, los rastreadores diferencian los rastros de las huellas (Lastanao Lobera 2001). Los rastros son todas las marcas que se pueden encontrar en el terreno como plumas, lana, nidos, huevos, marcas de garras en árboles, incluso materia fecal, que indiquen la presencia o el paso de un animal. La huella, por su parte, alude específicamente a la marca o señal que imprime en el suelo los pies de una persona o las plantas de un animal (Lastanao Lobera 2001).

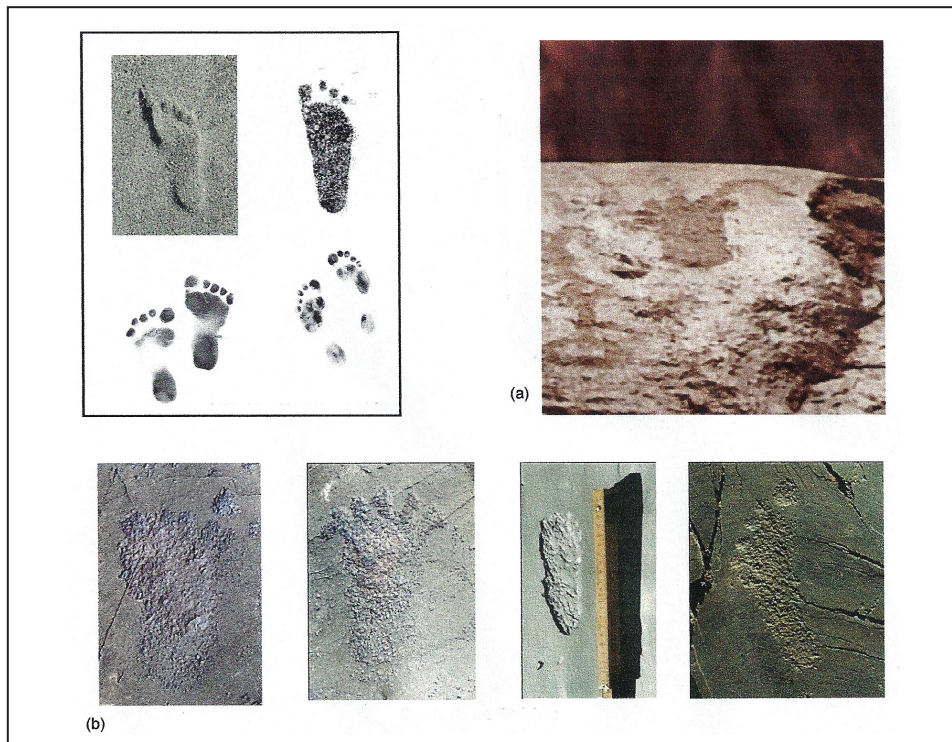
Los motivos que aparecen representados en el Noroeste Argentino, como vimos, corresponden tanto a las huellas de seres humanos como a las de diversos animales. La clasificación realizada para el arte rupestre de Patagonia (Gradin 1978, 1985; Menghin 1957) me resultó orientadora, sin embargo, fue preciso incluir nueva información debido a la diversidad de la fauna y a las características de las sociedades del Noroeste. En este sentido, el sitio conocido como Senda de los Beliches, en el valle del Cajón, provincia de Catamarca, que concentra más de 800 huellas, resultó fundamental para la identificación de estos motivos y de sus posibles variaciones morfológicas (de Hoyos 2013b, 2015).

En la zona valliserrana, el mayor porcentaje de representaciones de huellas humanas fue realizado con la técnica del grabado más o menos profundo y con tratamiento plano y/o parcialmente puntiforme (Figura 1). Estos motivos presentan variaciones en sus dimensiones y en su morfología: los diseños van desde los muy naturalistas hasta los muy esquemáticos o apenas esbozados; además varían en el número de dedos que, generalmente, son cuatro pero pueden ser cinco e incluso seis. Los dedos, en ocasiones, están separados de la planta pero la mayoría de las veces forman una continuidad. La representación de huellas pertenece tanto a pies derechos como izquierdos (Figura 1).

En Europa se emplea la palabra podomorfo para referirse a este tipo de representaciones pero también a aquellas que tienen formas elípticas o son simples oquedades naturales alargadas que podrían evocar una huella humana (Belmonte y Perera Betancort 2001; Santos Estévez y García Quintela 2000). En Antofagasta de la Sierra, existen sitios que tienen concavidades labradas en la roca de forma elíptica que suman hasta 343 ejemplares –cuya funcionalidad no fue definida– como ocurre en Morteral (Olivera y Podestá 1993) y otros que exhiben unos diseños conocidos como “cartuchos” que son rectángulos con o sin diseños internos y que tienen un comportamiento semejante a pisadas (Aschero

et al. 2006; Podestá et al. 1991, 2005). En este artículo menciono a ambos pero en un trabajo anterior, retomo las discusiones de distintos investigadores y analizo la posibilidad que evoquen las pisadas de las sandalias o *uyutas* (de Hoyos 2013b). De cualquier manera, queda también abierta a interpretación la incorporación del término podomorfo para estas expresiones ambiguas que podrían evocar pisadas humanas.

**Figura 1.** Huellas humanas reales y grabadas en superficies horizontales: (a) tiene seis dedos distribuidos radialmente; (b) variaciones en la morfología y el tratamiento de plantas y dedos.

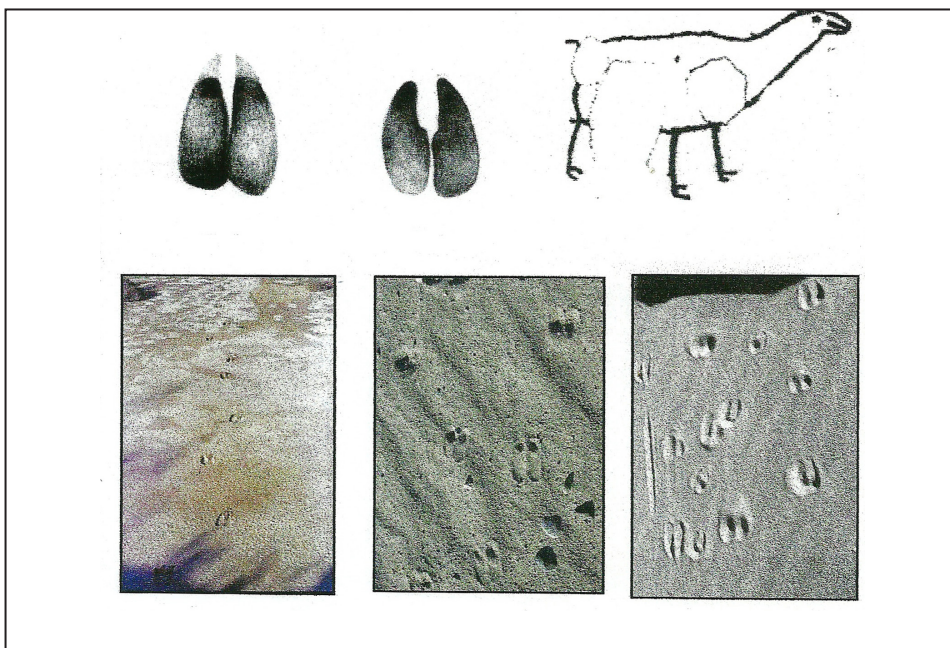


Por su parte, los rastros de animales grabados o pintados en las rocas corresponden a ungulados, aves, felinos, ofidios y roedores.

Las huellas de ungulados (Figura 2) identificadas en el arte rupestre pueden pertenecer a camélidos (domesticados y silvestres) y/o a cérvidos (taruca). Estas especies tienen dos almohadillas alargadas en las plantas de sus extremidades y sus improntas fueron representadas de dos formas:



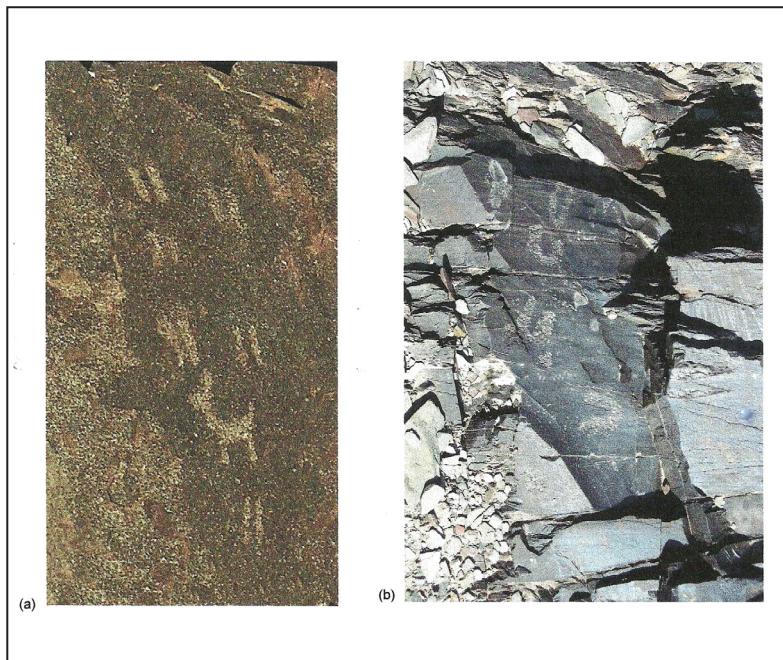
**Figura 2.** Huellas de ungulados sobre diferentes superficies y gran camélido (1,50 m de largo) grabado en Antofagasta de la Sierra con los rastros en planta señalados en el extremo de las patas.



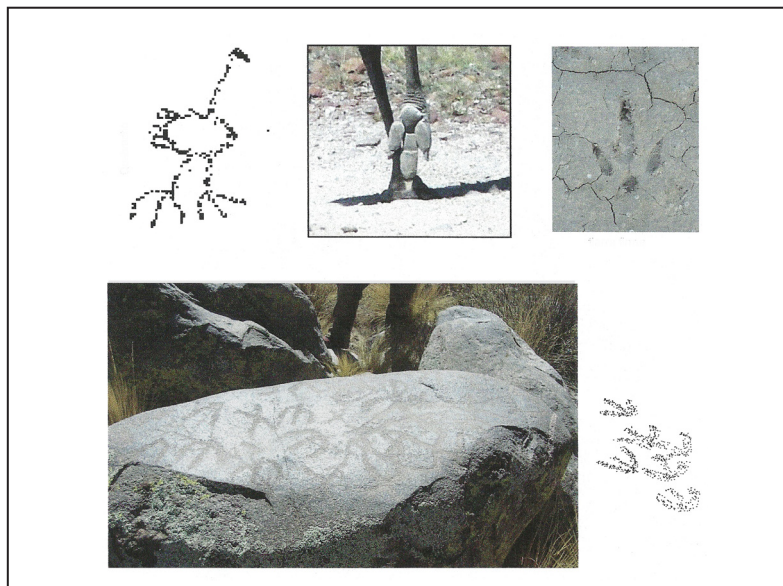
U ó V: descritas por Gradin (1985) como “dos trazos arqueados convergentes hacia la base” con referencia a la huella dejada por el guanaco patagónico. En el caso específico de este animal, los guías actuales consideran que la huella real en forma de V significa que la pisada es más reciente que la tiene forma en U (Figura 3).

II: dos líneas cortas paralelas (Figura 3). Este motivo aparece catalogado así en Podestá et al. (1991); en cambio Lorandi (1966) lo consideraba abstracto.

La referencia a la impresión de aves es identificable por el característico tridígito que en el arte rupestre suele asociarse con el ñandú (Figura 4). Las huellas que deja este animal en el terreno son diferentes según pise –o no– con toda la planta y esto se refleja en los grabados. Si aparecen los tridígitos con tres dedos largos unidos por un vértice y con el dedo central mas largo, esto indica que el animal va a la carrera. En cambio cuando los tridígitos tienen un trazo prolongado hacia atrás, significa que está parado o que camina lentamente (Reboreda y Fernández 2002). Por otro lado, la representación de estas huellas pueden ser más o menos curvilíneas o rectilíneas y, en algunas ocasiones, el vértice está más ensanchado.



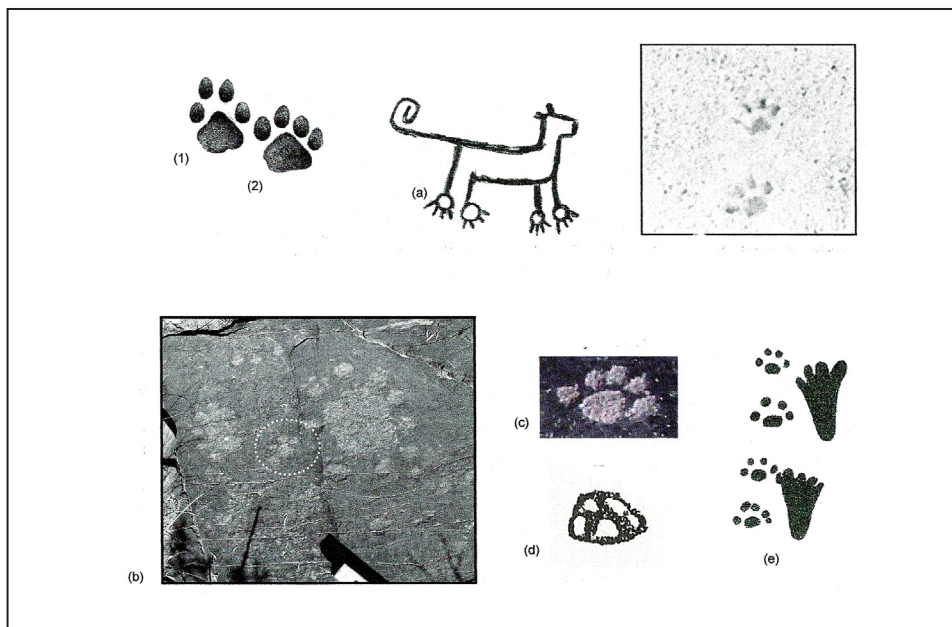
**Figura 3.** (a) En San Antonio fue grabado este camélido con seis pares de huellas casi del tamaño del animal; (b) Rastros en forma de U distribuidos en distintas direcciones. También en la Senda de los Beliches aparecen las dos variedades asociadas en los mismos soportes.



**Figura 4.** En la Quebrada de la Ovejera Chica se grabaron huellas de aves en diferentes direcciones, con superposiciones y, por el trazo prolongado hacia atrás, están detenidas o caminando lentamente. En cambio, en Quebracho la sucesión de huellas indica que va a la carrera.

Los grandes felinos tienen cinco dedos en sus extremidades delanteras y cuatro en las traseras. Las plantas muestran una almohadilla central y cuatro o cinco más pequeñas, sin embargo es la huella que presenta más subtipos en sus representaciones (Figura 5). En ocasiones el diseño es naturalista, ya sea en positivo (cuerpo lleno) o en negativo (línea de contorno dejando las almohadillas en el interior), pero en la mayoría de los casos la representación se aleja del original y la pisada aparece con mayor cantidad de dedos rodeando el círculo central. De esta manera, según Gradin (1985) se convierte a la pisada en roseta, es decir, en una figura abstracta que se transforma en el símbolo del animal.

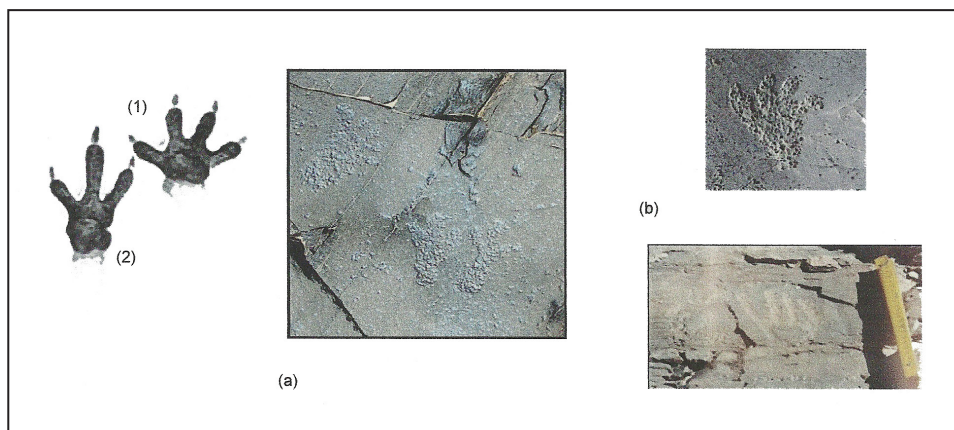
**Figura 5.** Huellas de grandes felinos: (a) la almohadilla central y las garras aparecen señalados en planta en el extremo de las patas; (b) el diseño pequeño es similar a los rastros, los demás tienen hasta nueve dedos representando el símbolo del animal; (c) extremidad trasera en positivo; (d) extremidad delantera en negativo (tomado de Podestá et al. 1991); (e) ambas extremidades junto a improntas humanas.



Personalmente agregué dos tipos de huellas más a esta clasificación: las de roedores y las de ofidios. El roedor presente con su figura y rastros en el arte es el chinchillón o vizcachón de la sierra que se reconoce tanto su extremidad delantera (mano) que termina en cuatro dedos, como la extremidad posterior, de mayor tamaño y con tres dedos –el del

medio más largo– (Figura 6). Por otro lado, el deslizamiento de las serpientes suele dejar una marca característica que cuando aparece en las manifestaciones rupestre son definidas como “serpentiformes” y catalogadas habitualmente dentro de los abstractos geométricos (Figura 7). Sin embargo, considero que el contexto es el que va a permitir su identificación, por lo tanto, en los sitios que relevé personalmente clasifiqué como rastro de ofidios a aquellos que fueron representados junto a otras huellas de animales y, en general, en soportes horizontales y continué considerándolo abstracto cuando éstas no estaban presentes.

**Figura 6.** Huellas de chinchillón: (a) estos diseños, que están junto a una huella humana, podrían ser adjudicados a este animal; (b) otros rastros aún no han sido identificadas.



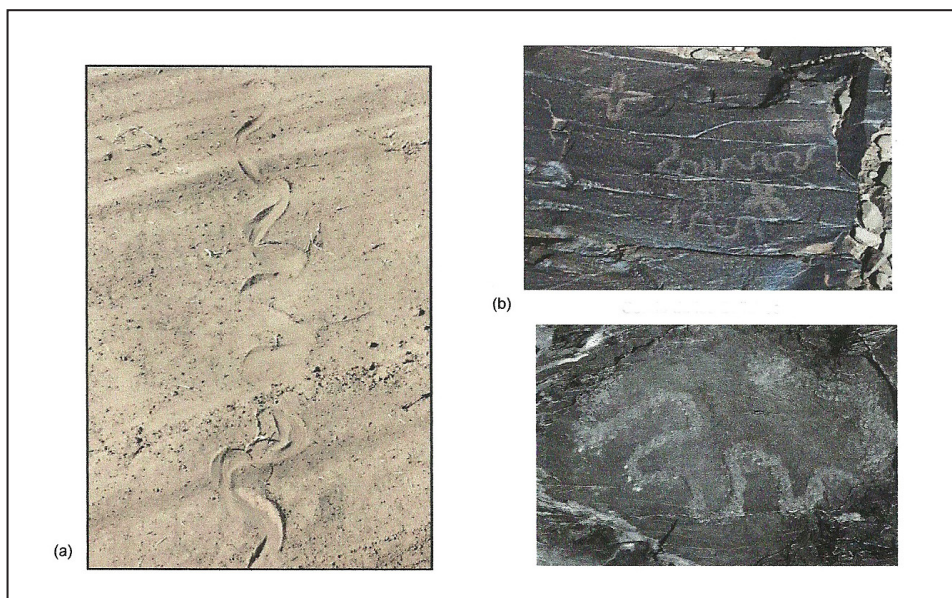
## 2. Rastreado las huellas

El segundo paso de esta investigación fue rastrear sitios donde se mencionaran la existencia de huellas y elaborar cuadros que incluyeran la ubicación y las características del soporte, el total de huellas diferenciadas por géneros, la asociación directa –en el mismo soporte– e indirecta –dentro del sitio– con otros motivos y la bibliografía de donde obtuve la información.

En los casos en que los autores no habían consignado la cantidad o porcentaje de huellas de cada especie, me limité a indicar sólo su presencia o ausencia. En los sitios trabajados por Lorandi, como la autora publica todas las fotografías y dibujos de su investigación y los revisé exhaustivamente y efectué algunos ajustes para obtener información comparable.<sup>7</sup> El análisis de las Tablas 1, 2 y 3 permite señalar algunas observaciones.

<sup>7</sup> Por ejemplo, recategoricé algunos datos de los cuadros elaborados por Lorandi (1966) dado que la investigadora no consideraba a las líneas cortas paralelas ni a los serpentiformes como huellas y los rastros de roedores aparecen como “manitos”.

**Figura 7.** Huellas de ofidios: (a) rastro dejado por una serpiente yarará sobre la arena; (b) serpentiformes grabados en soportes horizontales y asociados a otras huellas de animales.



En principio, no encontré sitios donde sólo existan representaciones de huellas humanas, éstas están indefectiblemente vinculadas con las de animales. Por el contrario, se registran sitios donde las únicas huellas que aparecen son las de zoomorfos. En estos últimos sitios, es decir, en aquellos que solo poseen rastros de animales, los soportes son mayoritariamente horizontales y las representaciones están dispuestas de manera desordenada y en diversas direcciones. En cambio, en los escasos soportes verticales predomina la ubicación alineada, orientada hacia arriba. Los motivos que frecuentemente acompañan a las huellas son abstractos-geométricos y unos pocos antropomorfos y zoomorfos (saurios) esquemáticos. Estas características se observan (Tablas 1 y 2) en todos los sitios del valle de Hualfín, la mayoría de los del valle del Cajón y de Laguna Blanca, en Filo de la Pata del Suri en valle del Bolsón, Campo de Guanchincito en Tinogasta y San Fernando (provincia de Catamarca) y en los de Quilmes y Aconquija (provincia de Tucumán).

Un análisis que tenga en cuenta todas las representaciones de huellas de fauna (Tabla 4) –cuyos resultados son absolutamente provisionarios dado que personalmente he comprobado que un nuevo sitio puede modificar esta tendencia–, muestra que los motivos de tridígitos son los más representados superando el 36% del total de los rastros. Usualmente hay entre

dos y seis por soporte pero puede haber más de 20, a veces superpuestas y en diferentes direcciones. Cuando el soporte es vertical, estos rastros aparecen alineados sin el trazo hacia atrás, o sea, fueron dibujados en movimiento. Teniendo en cuenta que el ñandú aparece reiteradamente en el arte rupestre del Formativo formando escenas ya sea interactuando con las crías o con figuras humanas, probablemente fueran sus huellas las que se grabaron en los sitios con arte. Sin embargo, no descarto que se estuviera aludiendo, además, a otras aves que pudieron haber desempeñado un lugar destacado a nivel simbólico debido a su asociación directa con las huellas humanas y, además, por la presencia de figuras de hombres portando máscaras de búhos y cóndores (de Hoyos 2005, 2013a).

Por su parte, las huellas de ungulados, que suman el 27% del total de la muestra, aparecen representadas equitativamente en sus dos modalidades y compartiendo los mismos espacios. En general, las líneas cortas paralelas suelen asociarse actualmente a los rastros de llamas, sin embargo, no hay elementos suficientes para saber si existe alguna relación directa entre una especie determinada de ungulado (salvaje o domesticado) y el tipo de huella U / II; tampoco si la elección de dibujar uno u otro constituía una costumbre propia de cada sociedad o si hace referencia al tiempo o a la superficie en que esa impronta fue realizada.

La identificación de rastros de roedores y ofidios es ambigua, no todos los investigadores han incluido estos diseños bajo esa tipificación, por lo tanto, es altamente probable que sus totales no sean representativos. Personalmente, pienso que debe existir un importante número de rastros de ofidios no identificados.

Por último, la cantidad de huellas de felino es menor comparada con el resto (sólo el 6%) y en el valle del Cajón se concentra el 69%, seguida por Hualfin con el 16%. Sin embargo, considero que, en el área valliserrana, este motivo fue el que más perduró en el tiempo (en otros contextos), el que recibió mayor variedad en el tratamiento y el que se manifestó de manera más diversa: alineado, en conjunto, asociado a huellas de otros zoomorfos, asociado sólo a felinos y como rastro en planta al final de las extremidades de ese animal.

Por su parte, el análisis de las Tablas me sugiere que las huellas de seres humanos fueron representadas en dos contextos diferenciados (Tabla 5).

En el **contexto uno** aparecen de a pares en superficies horizontales o sólo levemente inclinadas, presentan tratamiento plano y están asociadas directamente a huellas de aves (tridígitos) y, en menor medida, a motivos abstractos (Tabla 5, Figura 8). Los sitios característicos son los campos de petroglifos donde el porcentaje de representaciones abstractas es muy alto (ca. 76%) y consisten principalmente en círculos aislados, adyacentes, concéntricos con punto central y/o con apéndices; también trazos curvilíneos formando variados laberintos y cruz con contorno. Por su parte, los figurativos que acompañan a estas huellas humanas son las de animales y, excepcionalmente, algún antropomorfo o zoomorfo lineal.

**Figura 8.** Contexto uno: este bloque del sitio Quebracho I contiene más de 70 diseños grabados, entre los cuales se encuentran quince huellas humanas, ocho tridígitos, tres cruces con contorno, decenas de círculos, un antropomorfo y cuatro camélidos lineales.



La ausencia de estas figuras parecería señalar que las huellas fueron representadas por sí mismas. Estas características se observan en los sitios de Campana, Río Suri y Puerta de Talampaya (La Rioja), en Buena Vista en el valle Calchaquí norte y Piedra Pintada en el valle Calchaquí sur (Salta); en todos los situados en el área de Ampajango en el valle de Santa María, en Quebracho I y Senda de los Beliches VII y XIII en el valle del Cajón y en Filo con Rastros en el valle del Bolsón (Catamarca). En este grupo podría incluirse el sitio BARP de Antofagasta de la Sierra.

Por su parte, los sitios del **contexto dos** presentan una mayor dispersión espacial y altitudinal, suelen estar ubicados en las partes medias o finales de las quebradas y los soportes seleccionados son paredones o caras de afloramientos facetados. Las superficies empleadas pueden ser tanto verticales como horizontales, muchos exhiben diversos motivos superpuestos y los grabados muestran diferentes pátinas y diferencias técnicas, es decir, que se trata de sitios con largas o reiteradas ocupaciones (Tabla 5, Figura 9). El porcentaje de motivos abstractos es mucho menor y están representados por círculos, cruces simples y con contorno y por "soles" (círculos con líneas cortas radiales). Las huellas humanas

continúan su asociación directa con las de aves e indirecta con las de felinos, ungulados, roedores y ofidios. Pero, en estos soportes, aparecen las figuras humanas (completas o como rostros o máscaras) y los animales aludidos por las huellas, especialmente ñandúes, algunos camélidos y felinos esquemáticos o fantásticos. Se suman, en menor medida, saurios, simios y unos ofidios con cabeza y orejas que a veces parecieran de camélidos y otras, por las fauces, de felino (de Hoyos 2013a).

**Figura 9.** Contexto dos: en esta pared de Potrerito, Laguna Blanca, bajo la representación de rostros, contabilizo al menos cuatro huellas humanas en línea de contorno dispuestas como pisadas, ocho de aves y cuatro de felinos todas orientadas hacia arriba como ascendiendo por el soporte (imagen tomada de Podestá et al. 2005).



Los sitios donde es posible reconocer el segundo contexto son Los Colorados, Puerta de Talampaya II, Corte de Casangate, Solca y Villa Casana de Arriba (La Rioja); en La Ruina, Agua Hedionda y Filo de la Loma Larga en el valle Calchaquí (Salta); en Quebrada de la Ovejera Chica XXII y Senda de los Beliches en el valle del Cajón. También algunos sitios puneños de la provincia de Catamarca podrían ser incluidos como Potrerito y Corral Blanco (Laguna Blanca) y Campo de las Tobas, Cacao 1 y Peñas Coloradas (Antofagasta de la Sierra).

Proporcionalmente, el número de huellas humanas no es muy elevado (alcanza el 20% del total de huellas), suelen haber de dos a seis pares por sitio y la mayoría (69%)



está concentrada en la Senda de los Beliches (de Hoyos 2015). Este sitio presenta casi el 55% de todas las improntas (humanas y de animales) conocidas para la región Valliserrana hasta el momento, otorgándole características únicas que permiten compararlo con Campo de las Tobas, en Antofagasta de la Sierra, que exhibe la misma temática (huellas) pero se manifiestan de manera diferente (Podestá et al. 1991). Estos sitios me permitieron reflexionar acerca de la construcción de paisajes culturales temáticos y sus contextos de significación (de Hoyos 2013b).

### 3. Reflexiones sobre los pasos dados

Los resultados alcanzados en la definición de estos dos contextos fueron comparados con los estudios realizados por distintos investigadores en los sitios mencionados y con las secuencias de arte rupestre propuestas para la región. La comparación determinó la existencia de coincidencias, en la mayoría de los casos, y de algunas discrepancias en otras. Las coincidencias tienen que ver con las representaciones que integran el contexto **dos** que fueron asignadas por los autores (Tabla 5) a la etapa Formativa, con fechados que van entre el 500 a.C. y el 800 d.C. Es decir, a pesar que en algunos casos, fueran asignados a distintas modalidades estilísticas por razones temporales o regionales, existe consenso con referencia a la etapa precolombina a la que pertenece.

Por su parte, los sitios con huellas humanas que forman parte del contexto **uno** integrarían, según la propuesta de Lorandi (1966), el estilo II, o el geométrico intrincado de Campana-Ampajango (Gonzalez 1977) situados cronológicamente a fines del período Formativo y comienzos del Tardío. Esta propuesta fue asumida en algunos trabajos por Korstanje y Aschero (1996), por Ratto y colaboradores (2000), por Álvarez Larrain y colaboradores (2011), entre otros. Personalmente discrepo con Lorandi y considero que este contexto sería anterior al período Formativo por los argumentos ya expuestos, es decir, por el tipo de soporte (horizontal, que no volverá a repetirse en las manifestaciones del Noroeste y que podrían estar recreando paisajes culturales similares al entorno inmediato), por los motivos asociados (geométricos, similares a los que se representaron a lo largo de miles de años en áreas puneñas) y por la temática (huellas de animales que proporcionarían información relevante para cazadores y, también para pastores). Por otro lado, en los períodos cronológicos-culturales señalados por Lorandi (1966) se utilizaron soportes verticales y las manifestaciones rupestres datadas aluden a figuras humanas y de animales completos que siguen patrones muy diferentes a los diseños esquemáticos de los campos de petroglifos. Además, en estos sitios, como ya comenté, no se registraron otros vestigios arqueológicos y, algunos de ellos, se encuentran en espacios donde no existió la cerámica mencionada por Lorandi.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Esta hipótesis, por el momento, no podrá confirmarse sin fechados absolutos o asociaciones más certeras como la que ya permitió ubicar muchos sitios con huellas en momentos formativos.

Por lo tanto, propongo que la representación masiva de huellas está relacionada, en ambos casos, con la actividad de la caza y que los cambios que se producen en los contextos reflejan el paso de una economía esencialmente cazadora y a cazadores pertenecientes a economías pastoriles o agrícolas incipientes. En otras palabras, la persistencia de las huellas en soportes horizontales y verticales, ahora asociados a diversas figuras humanas y de animales, reflejaría desde mi punto de vista, la importancia que seguía teniendo la caza en las sociedades formativas valliserranas. La representación de escenas con la participación de varios cazadores y donde la presa puede ser un cévido, un ñandú o un puma con sus crías amenazando a las llamitas, las registré, curiosamente, para el Tardío (siglos X-XV) cuando las sociedades agrícola ganaderas ya estaban consolidadas (de Hoyos 2013a).

Finalmente, como señalé en un trabajo anterior, en áreas puneñas la representación de huellas de camélidos puede estar vinculada también con prácticas pastoriles (de Hoyos 2013b) porque, como señala Aschero, es probable que esta actividad tuviera un repertorio propio más allá de los cambios que implicó su integración a sociedades agrícolas o estatales (Aschero 2000).

### **Consideraciones finales**

Podestá y colaboradores (2005) sostienen que probablemente el rastro connote sintéticamente el animal completo. Esta idea también había sido expresada por González cuando escribió que “para el indígena la huella no es una ‘parte del animal’ a la que pertenece, es el animal mismo, según la transposición frecuente en muchos pueblos que toman la parte por el todo” (González 1977: 65). Personalmente, no quisiera desechar la idea acerca de que lo que se representa es lo que se representa, es decir, que se eligió expresamente un soporte horizontal y se reflejó una realidad observable en el paisaje inmediato. Las huellas naturales proporcionan información interesante e imprescindible tanto para cazador que va tras una presa como para el pastor para encontrar los rebaños dispersos. Un rastreador es capaz de seguirlas y no solo identificar a quien pertenece, sino deducir el peso, el tamaño, la velocidad relativa y el tiempo que hace que pasó por el lugar (Lastanao Lobera 2001).

En relación a por qué representar estos motivos, las explicaciones más tradicionales pondrían el énfasis en la magia, en la necesidad de contar con lugares especiales donde realizar ritos propiciatorios para cazar los animales cuyas huellas aparecen en los soportes. Explicaciones más actuales, que suponen la no aleatoriedad de los soportes seleccionados, buscarían señales en el entorno inmediato para formular hipótesis acerca de que las huellas pueden estar marcando los espacios donde transitan se alimentan, beben o descansan las tropillas o el tránsito reiterado y periódico de las llamas en busca de sus campos de pastoreo. También podrían indicar cruces de camino, la existencia de manantiales, zonas peligrosas y lugares de encuentro. En otras palabras, estos sitios con arte rupestre brindaban

información fundamental para la actividad de los cazadores y, eventualmente pastores, que no invalida la realización de los rituales propiciatorios. Por otro lado, creo que la recurrente asociación huellas humanas-tridígitos podría estar más relacionada al mundo simbólico, no solo por las mencionadas representaciones de enmascarados del Formativo valliserrano, sino por el lugar que ocuparon las aves en distintas sociedades como, por ejemplo, en la iconografía de las urnas funerarias Santamarianas.

Entonces, propongo que en la etapa inicial de la prehistoria valliserrana estaría marcada por la representación de huellas humanas vinculadas con los cazadores y con sus presas. Probablemente, los efímeros rastros de pisadas observadas en terrenos arenosos o arcillosos, en salinas y en la nieve fueron perpetuados, de alguna manera, a través de su reproducción grabada en las superficies rocosas. Estas huellas que se volvieron permanentes, certificarían para aquellos que vinieron después –y hasta la actualidad–, que alguien ya estuvo allí. Este “alguien” probablemente fuera una persona precisa, concreta, reconocida para los miembros del grupo ya que estos motivos, como posteriormente tal vez con los “cartuchos” (sensu Aschero 2006:114), referirían a marcas personales. No sería extraño, como sucede actualmente en algunas regiones o como aconteció en épocas coloniales, que se haya asumido como pisadas efectivas, es decir, impresiones reales de un cazador o colonizador importante para la historia de esa sociedad.

Las improntas humanas se habrían transformado, por un lado, en un mensaje para los integrantes de la sociedad que regresaban cíclicamente a ocupar o recorrer esos espacios y también en un mensaje para otros grupos, aquellos que llegaran posteriormente. Las huellas son un símbolo potente que puede significar que un territorio, un coto de caza, una manada salvaje, o tal vez un manantial, ha sido marcado. Por otro lado, aquellos sitios, tal vez de pastores y/o agricultores tempranos, donde existen decenas de reproducciones de estos rastros podrían responder a espacios de encuentro de sociedades provenientes de distintos ambientes donde se combinarían actividades rituales propiciatorias, de iniciación e intercambios de diversas clases. En estas ocasiones, nuevas huellas fueron dejando su impronta, dialogando con las anteriores, cambiando el paisaje y afianzando el sentido del encuentro.

Tabla 1. Sitios con representaciones de huellas humanas y de animales en las provincias Tucumán y Catamarca

Sitios	Soporte		Huellas				Total	Asociación	Referencias
	hu	ave	ll	V/U	felino	ofidio			
<b>Tucumán</b>									
Aconquija	horizontal	12	3	5			20	abstractos	de Aparicio 1934
Quilmes	horizontal	12				7	19	abstractos	A. Quiroga 1931
<b>Catamarca</b>									
<b>Huafin</b>									
Puerta del Corral Quemado	vertical		7			3	10		
Cajón del Corral	vertical	3		3	13	2	21		Lorandi 1966
Vilavil	vertical				3		3	zoomorfos	
<b>Santa María</b>									
Mesada Barrera	horizontal	3				1	4	varios	
Campo Ingenio	horizontal	5	9	11		7	126	abstractos	
Río Seco	horizontal	9	6	3		6	72	abstractos	Lorandi 1966
Río Vallecito	horizontal	8	65	3		16	95	abstractos	
camino andalhuala	horizontal	2	2	5		2	11	varios	
Gruta de Chiquimi	vertical	x				x		varios	Álvarez Larrain et al. 2011
<b>San Fernando</b>				1		5	6	abstractos	Lorandi 1966
<b>El Bolsón</b>									
El Overito		2	1			2	5	antr/zoo	
Filo con Rastros	horizontal	6	4			1	11	abstractos	Korstanje y Aschero 1996
Filo de la Pata del suni	horizontal		7				7	abstractos	
<b>Tinogasta</b> Guanchincito	horizontal		x			x	15	varios	Ratto et al. 2000

**Tabla 2.** Sitios con representaciones de huellas en las provincias de Catamarca (continuación) y Salta

Sitios	Soporte	Huellas							Total	Asociación	Referencias
		hu	ave	II	V/U	felino	reptiles	no identif.			
<b>Valle del Cajón</b>											
Ovejera Chica I	horizontal	9	42	1	2	17				abstractos	de Hoyos 2002, de Hoyos et al. 2000
Peña del Indio	vertical			6						camélidos	
El duraznillo	horizontal		16	2	5	7				abstractos	
Casa del Medio	vertical					9				antropomorfos	
Cardones	vertical			1						antropomorfos	de Hoyos 2002, 2013a
Quebracho I	horizontal	15	8							abstractos	
Quebracho II y III	inclinado		30							antropo/zoo	
Loma de la Puerta	horizontal		3		6	1				abstractos	
Senda de los Beliches	horizontal	213	158	171	128	32	77	44		geom/rostros	de Hoyos 2013a, 2015
<b>Salta</b>											
<b>Calchaqui sur</b>	soporte					felino	ofidio			asociación	
Piedra Pintada	horizontal	2								abstractos	
La Ruina	vertical	4	3		2	8				zoomorfos	de Hoyos 2004, 2005, 2013a
Agua Hedionda	vertical	1	2							zoomorfos	
Filo de la loma	variados	20	7							antr/zoomorfos	
Quillivil	vertical	2								antr/zoomorfos	de Hoyos 2003a
<b>Calchaqui norte</b>											
Buena Vista	horizontal	4					x				Lanza 1996, 2000

Tabla 3. Sitios con presencia de huellas de fauna y de diferentes podomorfos

Sitios	Soporte		Huellas							Asociación	Referencias
	hu	ave	II	V/U	felino	ofidio	catuchos	elípticos			
<b>LA Rioja</b>											
<b>Campana</b>	horizontal	2	36	7	16		7			abstractos	Lorandi 1966
Puerta de Talampaya I	horizontal	x	x	x						abstractos	Decaro 1985, Schobinger 1966
Puerta de Talampaya II										zoomorfos	Giordano y Gonaldf 1991
Solca	inclinada	x	x				x			zoo / abstr.	de Aparicio 1939
Petroglifos río Suri	horizontal	x	x				x			abstractos	de Hoyos 2004
Los Colorados	vertical	x	x				x			zoo / abstr.	
Corte de Casangate	vertical	x	x							zoo / abstr.	Falabrino 1995
Villa Casana de Arriba		x	x							zoomorfos	
<b>Catamarca</b>											
<b>Antofagasta</b>	<b>soporte</b>	<b>hu</b>	<b>ave</b>	<b>II</b>	<b>V/U</b>	<b>felino</b>	<b>ofidio</b>	<b>catuchos</b>	<b>elípticos</b>	<b>Asociación</b>	<b>Referencias</b>
Morteral	horizontal			x					345	vulvas	Olivera y Podestá 1993
BARP	horizontal	x		x				x	44		
Campo de las Tobas	horizontal	x	x	x	x	x	x	x		zoo / antr	Podestá et al. 1991
Cacao 1	vertical	x	x			x					
El sembrado	horizontal			x		x		x		cruces	
Punta de la Peña	horizontal		x					x		abstractos	Aschero et al. 2006, 2010
Peña de las Tumbas	vertical							50		cruces	
Peñas Coloradas	vertical	x	x	x		x		x		zoo / antr	Podestá y Manzi 1995
<b>Laguna Blanca</b>											
La Puerta	vertical			x		x		x		cartuchos	
la Salamanca	vertical		x	x						abstractos	Deifino 1999
Chuculay	vertical		x	x						abstractos	
Potrerto	vertical	x	x			x				zoomorfos	González 1977, Deifino 1999
Corral Blanco	vertical	x	x	x		x		x		zoo/antr	Podestá et al. 1991,
Peñas Pintadas	vertical	x	x			x				zoo / antr	Podestá y Manzi 1995

**Tabla 4.** Representaciones de huellas humanas y de animales en distintas áreas valliserranas

Sectores	msnm	Huellas								totales
		hu	ave	II	U / V	ofidio	felino	roedor	no det.	
Campana (La Rioja)		2	36	7	16	7				68
Hualfin (Catamarca)	2200		3	7	3	5	16			34
San Fernando					1	5				6
Santa María	2200	24	212	18	22	32				308
San Antonio del Cajón	3000	24	79	10	13		34			160
Senda de los Beliches	2500	213	158	171	128	41	32	36	44	823
El Bolsón	3100	8	12				3			23
Calchaqui sur (Salta)	2300	29	9		2		8			48
Calchaqui norte	3000	3						1		4
Aconquija (Tucumán)	4000		12	3	5					20
Potrero (Laguna Blanca)	3550	4	8				4			16
		<b>307</b>	<b>529</b>	<b>216</b>	<b>190</b>	<b>90</b>	<b>97</b>	<b>37</b>	<b>44</b>	<b>1510</b>

**Tabla 5.** Contextos de huellas humanas en sitios valiserranos

Contexto	Emplazamiento	SopORTE	Asociación	Sitios	Asignado	Propuesta
<b>Uno</b>	campo de grabados	horizontal	huellas de fauna, diseños geométricos	Campana, Río Suri, Buena Vista, Piedra Pintada, Ampajango, Quebracho I y Senda de los Beliches VII y XIII, Filo con Rastros.	Estilo II de Lorandi y Gonzalez, ca. 850/ 1000 d.C.	sociedades cazadoras
<b>Dos</b>	quebradas, gran dispersión espacial y altitudinal	horizontal / vertical	tridígitos, figuras humanas y animales	Los Colorados, Puerta de Talampaya II, Corte de Casangate, Solca; La Ruina, Agua Hedionda, Filo de la Loma Larga, Quebrada de la Ovejera Chica XXII y Senda de los Beliches.	Formativo (del 500 a.C. al 800 d.C.) según sitios	sociedades formativas (economías pastoriles o agrícolas) en contextos de caza



## Bibliografía

Álvarez Larrain, A., F. Cabrera y J. Carbonelli

2011 *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 16 (1):23-46.

Aschero, C.

1979 Un asentamiento acerámico en la Quebrada de Inca Cueva (Jujuy). Informe preliminar. *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino. Antiquitas* 2:159-183.

1996 Arte y arqueología: una visión desde la Puna argentina. *Chungara* 28 (1-2):175-197.

1999 El arte rupestre del Desierto puneño y el Noreste argentino. En *El arte rupestre en los Andes de Capricornio*, editado por C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, pp. 97-135. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

2000 Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 15-43. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna meridional argentina. En *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre*, editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 103-140. Sociedad Argentina de Antropología.

2007 Iconos, huancas y complejidad en la Puna sur argentina. En *Procesos sociales prehispanicos en el sur andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mércolli, Tomo 2, pp. 135-165. Editorial Brujas, Córdoba.

Aschero, C. y M. Podestá

1986 El arte rupestre en asentamientos precerámicos de la Puna argentina. *Runa* 16:29-57.

Aschero, C., M. Podestá y L. García

1991 Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos de la puna argentina. *Arqueología* 1:9-49.

Aschero, C., Á. Martel y S. López Campeny

2006 Tramas en la piedra: rectángulos con diseños geométricos en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional, Argentina. En *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre*, editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 141-156. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Aschero, C., S. Urquiza y V. Isasmendi

2010 Las representaciones de "cartuchos" en Peñas de las Tumbas, Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina. *VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre*:191-195. San Miguel de Tucumán. Soporte digital.

Belmonte, J. y M. Perera Betancort

2001 Astronomy, Writing & Symbolism: the case of Pre-hispanic Canary Island. *Astronomy, Cosmology y Landscape* 7:92-105.

de Aparicio, F.

1934 Grabados rupestres en el Nevado del Aconquija. *Revista Geográfica Americana* 2 (10): 24-33.

1939 Petroglifos Riojanos. *Revista Geográfica Americana* 4/11 (67):256-264.

Decaro, C.

1985 *Talampaya*. Imprenta Kuntur, Chilecito.

de Hoyos, M.

2002 *Las "Piedras Escritas" de San Antonio del Cajón*. Catamarca. Museo Arqueológico "Eric Boman", Santa María.

2003 Quillivil, un alero con arte rupestre en el valle Calchaquí. San Carlos. Salta. Ponencia presentada al *VI Simposio Internacional de Arte Rupestre*, San Salvador de Jujuy.

2004 Informe de Campaña presentado a la Agencia de Cultura, Subgerencia de Patrimonio Cultural de la provincia de La Rioja.

2005 Antropomorfos y zoomorfos del Filo de la Loma Larga, San Carlos Salta. *Pacarina, Arqueología y Etnografía Americana* 5:27-36.

2013a Cuerpos imaginados. Variaciones en la representación de la figura humana en el arte rupestre de la zona Valliserrana del Noroeste argentino. Tesis para optar al título de doctor en Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2013b Cuando lo efímero se vuelve permanente. Huellas humanas y de animales en el arte rupestre del Noroeste argentino. Ponencia presentada al *XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, La Rioja.

2015 Lo que el viento no se llevo... Huellas grabadas en la Senda de los Beliches, Catamarca. *Ciencia Hoy*, en prensa.

de Hoyos, M., M. Lanza y L. Horlent

2000 Las Grabados de San Antonio del Cajón. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 83-94. Sociedad Argentina de Antropología.

Delfino, D.

1999 Arte rupestre. Museo Integral de Laguna Blanca (Belén. Catamarca). [<http://www.unca.edu.ar/LB/>], (fecha de acceso 15 de diciembre de 2012).

Fallabrino, H.

1995 *Arte rupestre de los Llanos de la Rioja*. Senderos Riojanos, La Rioja.

Giordano, A. y M. E. Gonaldi

1991 Manifestaciones del Arte Rupestre en una Zona de Alto Interés Turístico. Una Política de Protección. En *Arte rupestre en la Arqueología Contemporánea*, editado por M. Podestá, I. Hernández Llosas y S. Renard de Coquet, pp. 85-90. Buenos Aires.

González, A. R.

1977 *Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Editorial Valero, Buenos Aires.

Gradin, C.

1978 Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres. *Revista del Museo Provincial* 1:120-133. Neuquén.

1982 El arte rupestre de los antiguos cazadores prehistóricos del río Pinturas. *Revista Patagónica* 9:36-42.

1985 Área de los cazadores meridionales (Pampa-Patagonia). En *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina*, editado por J. Schobinger y C. Gradin, pp. 11-49. Encuentro Ediciones, Madrid.

Hostnig, R.

2003 Macusani y Corani, repositorios de arte rupestre milenario en la Cordillera de Carabaya, Puno - Perú. *Boletín de la SIARB* 17:17-35.

Korstanje, M. y C. Aschero

1996 Arte rupestre en los Valles de El Bolsón y Las Cuevas (Catamarca, Argentina): Formulando hipótesis de cambio y conflicto. *Chungará* 28:199-222.

Lanza, M.

1996 Grabados Rupestres en el Valle Calchaquí: avances y perspectivas. *Chungara* 28 (1-2): 223-240.

2000 Análisis estilístico del arte rupestre del Valle Calchaquí Norte, Salta. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. Podestá y M.de Hoyos, pp. 63-72. Buenos Aires.

Lastanao Lobera, C.

2001 *Huellas y rastros de animales del Pirineo y Europa*. Barrabés, Huesca.

Lorandi, A. M.

1966 El arte rupestre del Noroeste argentino (Área del norte de La Rioja y sur y centro de Catamarca). *Dédalo. Revista de Arte e Arqueología. Museu de arte e arqueología* II (4):15-171.

Llagostera Martínez, A.

2004 *Los antiguos habitantes del Salar de Atacama. Prehistoria Atacameña*. Pehuén Editores, Santiago de Chile.

Manzi, L.

1997 Propuesta para el análisis del uso del espacio aplicado a sitios con arte rupestre de grupos cazadores-recolectores del Noroeste argentino. *Arte Rupestre de la Argentina. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 16 (1/4):111-152.

Menghin, O.

1957 Estilos de arte rupestre de Patagonia. *Acta Praehistorica* 1:57-82.

Núñez Atencio, L.

1985 Petroglifos y tráfico en el Desierto Chileno. En *Estudios en Arte Rupestre*, editado C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, pp. 243-264. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile

Olivera, D.

2000 Que diez mil años no es nada... En *Puna e Historia. Antofagasta de la Sierra, Catamarca*, editado por S. García, D. Rolandi y D. Olivera, pp. 13-49. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.

Olivera, D. y J. Grant

2009 Puestos de altura de la Puna argentina: zooarqueología de Real Grande 1 y 6 y Alero Tomayoc. *Revista del Museo de Antropología* 2:151-168.

Olivera, D. y M. Podestá

1993 Los recursos del arte: Arte rupestre y sistemas de asentamiento-subsistencia Formativos en la Puna meridional argentina. *Arqueología* 3:93-141.

Podestá, M.

1986/87 Arte rupestre en asentamientos de cazadores- recolectores y agroalfareros en la Puna Sur de Argentina: Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 17 (1):241-263.

Podestá, M. y C. Aschero

2010 Evidencias tempranas del arte rupestre de los cazadores-recolectores de la Puna (NO de la Argentina). *Congreso IFRAO 2010. Arte Pleistocénico del Mundo*. Tarascon-sur Ariège. Formato digital.

Podestá, M. y L. Manzi

1995 Arte rupestre e interacción interregional en la Puna argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 16:367-399.

Podestá, M., L. Manzi, A. Horsey y P. Falchi

1991 Función e interacción a través del análisis temático en el Arte Rupestre. En *El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea*, editado por M. Podestá, I. Hernández Llosa y S. Renard de Coquet, pp. 40-52. Buenos Aires.

Podestá, M. D. Rolandi, M. Sánchez Proaño

2005 *El arte rupestre de Argentina Indígena. Noroeste*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Quiroga, A.

1931 *Petrografías y Pictografías de Calchaquí*. Universidad Nacional de Tucumán.

Quiroga, L. y V. Puente

2007 Imagen y percepción: iconografía de las urnas belén. Colección Schreiter. En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, Tomo I, pp. 323-346. Editorial Brujas, Córdoba.

Ratto, N., M. Orgaz y S. Caletti

2000 Relevamiento arqueológico del Campo de Grabados de Guanchincito (Fiambalá, Tinogasta, Catamarca). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 19:551-572.

Reboreda, J. y G. Fernández

2002 Estudios sobre ecología del comportamiento del ñandú. *Rhea americana*. [<http://www.fucema.org.ar>], (consultado 11 de febrero de 2012).

Santoro, C. y P. Dauelsberg

1985 Identificación de indicadores tempo-culturales en el arte rupestre del extremo norte de Chile. En *Estudios de arte rupestre*, editado por C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, pp. 69-86. Museo Chileno de Arte Precolombino.

Santos Estévez, M. y M. García Quintela

2000 Petroglifos podomorfos del Noroeste Peninsular. Nuevas Comparaciones e interpretaciones. *Revista de Ciencias Históricas* 15:7-40.

Schobinger, J.

1966 Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina (Provincia de La Rioja). *Anales de Arqueología y Etnología* 21:139-196.

Tarragó, M., L. González y J. Natri

1997 Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14:223-242.

Yacobaccio, H., M. P. Catá, P. Solá y M. Alonso

2008 Estudio arqueológico y fisicoquímico de pinturas rupestres en Hornillos 2 (Puna de Jujuy)". *Estudios Atacameños* 36:5-28.

Yacobaccio, H., P. Solá, M. Alonso, M. Maier, M. Rosenbusch, C. Vázquez y M. Catá

2010 Pinturas Rupestres del Pleistoceno/Holoceno en la Puna de Atacama (Jujuy, Argentina). *Congreso IFRAO 2010. Arte Pleistocénico del Mundo*. Tarascon-sur Ariège. Formato digital.